

M. R. M. (1963). «Frente a frente en teledoce». *Marcha*, 6 de setiembre, p. 22

Televisión: un programa periodístico

Un programa periodístico, «Frente a frente», en Teledoce, los domingos a las 23 horas viene reclamando la atención del telespectador. [*ilegible*] a pesar de contar con Eduardo Galeano un [*ilegible*] el otro es Guillermo Chifflet), y a pesar de correr publicitariamente bajo el rótulo de periodismo con mayúscula (P y M), aunque es de imaginar que los propios interesados sean ajenos a tal egomanía tipográfica.

La primera entrega, hace más de un mes, versó sobre la «Alianza para el Progreso». Los periodistas querían brindar en el segundo aniversario con una copa de acíbar, y el Contador Azzini, su contrincante único, rechazaba el brebaje. Ni tan tan, ni muy muy, era su punto de vista: la «Alliance for Progress» no triunfaba aún, pero tampoco era intrínsecamente tan villana. El señor Azzini también buscó aventar las implicancias sociales del tema por vía de la semántica — «lo que Uds. llaman reaccionarismo» —, y en general se mostró informado, rápido e incisivo en la réplica.

Desde la mirilla subjetiva —me atrevo a decirlo—, el Reformador Cambiario gana simpatías; nada que hacerle, era algo puramente visual. He aquí, decíame, un hombre indudablemente inteligente, acuciado por dos jóvenes de expresión intensa queriendo dar como en bolsa. Mi sentido de la equidad me obligaba a simpatizar con el emplazado: llámenlo *fair play*, o llámenlo hache. Lo que se veía por arriba de las palabras era dos bachilleres sabihondos a reciente lectura hostigando al técnico, a todo un señor Especialista (¡Ignaros temblad, Ooooooh!), mientras éste conservaba su tono sereno: es una cuestión psicológica; no se puede. Sé que los muchachos eran mejor que eso, pero tal —insisto— era la impresión desde afuera.

A la altura del segundo programa ya se obvió el hándicap del 2 contra 1. «Crisis Ministerial», una aflicción esencialmente apócrifa de nuestro avatar político uruguayo, era el tema; los dos frente a frente eran los senadores Paysée Reyes y Glauco Segovia. Bajó algo la intensidad de la mirada de los periodistas, como es natural. No es muy fácil convencerse de la trascendencia de nada, (de algo), con un par de políticos de comité —dicho sea sin desmedro— por delante.

De todas formas la agresividad impostada del senador Paysée no convence ni rechaza a esta altura de la vida; es demasiado juguetona (lo que significa divertida), y Segovia, resignado, le seguía el tren. Fue un error repetir la justa el domingo siguiente con el mismo elenco; mirándolo un solo instante, me puse a reflexionar si no sobre la presumible calidad de astro tele-político, por lo menos en cierta confianza primadonesca que se tienen la mayoría de los políticos profesionales.

Ya tuve ocasión de discurrir sobre lo mismo, (y de aburrir al lector de esta columna con la insistencia) durante la campaña electoral 1962, que prestó algún destello fugaz a la pantallita televisiva. Falso drama, falsa pugna, pero fue bueno mientras duró. Cualquiera que hubiera estado con ellos en un programa sabrá que, no importa cuán aburridamente banales puedan ser en la práctica, los políticos no dudan nunca de la excelencia de su performance ni del aprecio del televidente por la misma.

Un tercer programa llevó más gente a estudios; fútbol profesional se debatía, con presencia de dirigentes (Tróccoli, Carrère), jugadores y críticos, Gallardo, Sasía (muy llano, directo y simpático este último). Fue un paso hacia algo ya realmente trascendente, el fútbol nuestro de cada día, no una mera frivolidad como la política y el gobierno y el destino del país. No sé lo que pueden decir los ratings al respecto, pero pienso que los domingos pasada la medianoche (el Canal les concedió media hora de alargue) no parece el hito más alentador de la semana, ni siquiera para metafísica del fútbol.

Pero el programa del domingo último merece ya palmas sin reserva, porque cualquier reparo de la técnica se desvanece ante el contenido. Marcos Ana estuvo frente a frente, y dada la posición de toda la prensa montevideana, las radios y la TV, se puede afirmar que ahí se demostró la real valía de la televisión como instrumento popular. Elogios sin reserva pues al Canal que se prestó objetivamente a romper el cerco (y —agrego entre paréntesis— que si alguien en lo alto se le pasó esto inadvertido tanto mejor: no quiero levantar la perdiz para futuros macartismos; Dios nos libre).

Para dar una idea de la agilidad de este programa, los reporteros le hicieron 50 preguntas en 55 minutos. Se entremezclan las grandes con las menores, y Marcos Ana contestaba con inteligente concisión, y con un aire de sinceridad sobre el rostro ensimismado y noble que validaba visualmente una experiencia espiritual impar, la que hace de este poeta-político-prisionero una figura fuera de serie.

El martillero de preguntas no persiguió la diversión o la zafadura incongruente (como ocurría en la fenecida «Alta Corte de Preguntas») de una pregunta a otra. Por ejemplo, ¿qué piensa en este momento? Aquí Ana dijo que los reflectores en lo alto del Estudio le recordaban los interrogatorios en la cárcel. ¿Suele soñar Ud.? Sí, tengo pesadillas a veces: esta noche tendré una en que Uds., mis inquisidores, aparecerán con los trajes de funcionarios de vigilancia. Conminado a definir a Franco con una frase, se declaró incapaz de hacerlo. También fue un buen momento la evocación de Miguel Hernández; sí lo conoció, lo vio en la cárcel a la edad de 18 años. Lo recuerda enseñando —alfabetizando a sus compañeros presos— a leer y a decir poemas.

Recién al terminar pudo pensar el televidente que había visto un programa serio, importante, que curiosamente también le resultó ameno.

M. R. M.